

grandes naciones del continente, que él trataría de difundir en sus distintos proyectos periodísticos. Un día antes de cumplir 56 años, el 8 de marzo de 1884, murió en Barcelona, donde se había instalado al comienzo de los años 80.

El biógrafo ha buscado en archivos y hemerotecas durante más de tres lustros, ha hecho las veces de editor de una obra poco conocida y dispersa en publicaciones de distinto tipo (libros, periódicos, revistas, hojas sueltas, folletos, etcétera), guiado solo por la pasión y la curiosidad de conocer a este autor que de manera canónica habríamos de considerar menor. Pero nos lo muestra con tanto relieve y matices que lo convierte no en un gran escritor sino en una magnífica atalaya individual desde la que conocer mejor y de forma precisa la vida literaria, política y periodística decimonónicas.

La faceta más conocida del escritor es la de comentarista del *Quijote*. Se propuso reconstruir el mundo del autor de la novela universal para mejor conocer sus fundamentos ideológicos, si bien sobre este particular, como se encarga de desmontar con rigor el biógrafo, pesaba la descalificativa valoración de crítico «esotérico» de la obra cervantina, con que lo había tachado Juan Valera. La apreciación del escritor de Cabra, aunque injusta, hizo fortuna y lo acompañaría durante su vida y después. A esta cuestión y a la polémica que mantuvieron Valera y Benjumea había dedicado un enjundioso trabajo el biógrafo, con el título de «¿Sabios o topos?», que serviría de prólogo a su edición de este debate (Visor, 2006).

De cualquier modo, la presencia de Cervantes y del *Quijote* es central en la configuración humana, ideológica y política de Benjumea. En buena parte de sus escritos, ya sean periodísticos, literarios o políticos, resuenan ecos cervantistas. En este sentido, y por la importancia que tiene el autor y la novela en el sevillano, tal vez merezca la pena detenerse en aclarar el título que González Cuenca ha dado a su

trabajo biográfico, directamente entroncado con el cervantismo de Benjumea. Este habría leído el *Quijote* en profundidad buscando desentrañar el sentido secreto que, a su juicio, encerraría la obra de Cervantes. La Urganda del título es la maga protectora del caballero Amadís de Gaula, que Cervantes hace aparecer en las décimas introductorias de la primera parte de su novela (1605) a manera de aviso a los lectores para que no caigan seducidos por las malas artes de la maga. Por lo tanto, el lector del *Quijote*, según el propio Cervantes, debería ser cauteloso si pretende descubrir el sentido escondido del libro.

En opinión del biógrafo, Benjumea no habría atendido al aviso y, seducido por Urganda, caería, a veces, en interpretaciones erróneas y, en otras, claramente desvariadas y elucubrantes. El deseo de ir más lejos del texto, en busca de la esencia secreta del libro, les parecería un craso error a los cervantistas coetáneos. Su biógrafo es más comprensivo que estos y, posteriormente, en el siglo XX, los mejores estudiosos de la novela cervantina han venido a demostrar que, más o menos cifrado, el mensaje del libro tiene un alcance humano universal que desbanca la mera interpretación cómico-humorística que había predominado en los siglos precedentes.

En su análisis, González Cuenca rompe una lanza en defensa de su personaje y, contra la opinión generalizada, la de Benjumea no sería una lectura «esotérica» del *Quijote* sino un tributo a la imaginación de Cervantes, pues el sevillano, desde su liberalismo progresista, quiso ver en la novela un símbolo de los males de una nación, lastrada por un retrógrado pensamiento premoderno y por la nefasta influencia inquisitorial, y un arma política provista de los remedios urgentes que era preciso aplicarle.

El periodismo fue la actividad intelectual central en la vida del biografiado y la prensa, el cauce en el que dio a conocer